

Serie ESPECIAL

Chile visto y vivido por tres generaciones Hoy: LOS BOLOCCO

La mezcla de sangre italiana y alemana tuvo un resultado de alto impacto, con una familia que desde la década del 60 comenzó a provocar polémica.

Cuando los Bolocco se juntan, hasta los argentinos se quedan sin palabras...

El código familiar: la procesión va por dentro.

Por Lilian Olivares



En el escritorio de papá Enzo Bolocco, con sus hijos Cecilia, Juan Pablo, Verónica y Diana.

“**E**n este momento es muy peligroso ir a Wall Street, porque le puede caer un banquero encima”.

Era el chiste de la época, el humor negro que siguió a la gran crisis de los años 30, cuando muchos banqueros se suicidaron.

Enzo Bolocco Cintolesi nació justo entonces, el 11 de junio de 1932. “Esa sí que fue crisis”, dice. Y se extendió por años.

El vivía en la calle Quillota con 2 Norte, en Viña del Mar. Al frente, en la otra esquina, había un edificio con la residencia y el almacén de unos italianos rubios. Donde terminaba la casa de ellos y la de sus padres se acababa el pavimento. Luego seguía un terreno baldío, con dos galpones: uno era un albergue y el otro una olla común.

—Debe haber sido septiembre, porque había lluvia y sol...

Y puede haber tenido 4 años cuando se subió al radiador de la calefacción de la última pieza de su casa y divisó a unos niños con una ca-

misetita corta, desnudos hacia abajo, chapoteando en el barro. Casi como en una escena de la película *El Niño del Pijama a Rayas*, los miraba y lo único que quería era ir a jugar con esos chicos.

De crisis, los Bolocco sí que saben.

En lo familiar, la muerte de un hijo, la cárcel del papá, el cáncer mamario de la mamá. En lo económico, lo peor para ellos fue el gobierno de Allende. Del régimen de Pinochet, el padre comenta: “Yo tuve un nano. Una persona me ayudó a cuidar a los niños en eso de las fiestas: Pinochet. El toque de queda me ayudó mucho”.

El estudió en el Colegio Mackay, de Viña. Juan Pablo, su hijo mayor, en el Craighouse, donde se destacó como deportista. Y Cecilia, Verónica y Diana, en el Santiago College. Aunque su mujer, Rose Marie Fonck, se convirtió al catolicismo para casarse con él por la Iglesia, la familia privilegió la educación in-

glesa antes que la de colegios religiosos. De eso, Enzo Bolocco no se arrepiente.

Cecilia y Verónica nacieron el 65 y el 66, respectivamente. El primer dibujo que hizo la Chechi en el colegio fue una cola:

—Obviamente es parte de mi historia cuando vino Allende, y el golpe. Me acuerdo del primer dibujo que hice en el colegio y fue una cola. Éramos mi nana y yo haciendo la cola para comprar el pan.

Diana es el resultado de un viaje del matrimonio Bolocco Fonck a Japón. Nació el 30 de julio de 1977, con todos los beneficios que significa ser realmente el concho. La tercera generación.

Ella no vivió la debacle del padre cuando, en tiempos de Allende, pasó “del marasmo al espasmo”, como dice él, y le intervinieron sus tres empresas dos días después de haber participado en el famoso paro del 12 de octubre de 1972.

El día en que papá cayó deteni-

do para la crisis del 82, Juan Pablo sufrió su primer golpe al corazón. Al año siguiente estaba blindado cuando se volcó el auto en que viajaban con su hermano Rodrigo (un año menor).

El se quedó en la Clínica Reñaca. Su hermano murió en la Miraflores.

El cuero de Cecilia está cada día más duro con todo lo vivido. Anteanoche celebró sus 44 años y CQC le jugó una broma, con un encintado BMW último modelo a la puerta, desde cuya maletera salió el notero.

Juan Pablo aborrece a la prensa, pese a que su hermana menor es periodista, y de farándula.

Enzo explica que esta relación familiar de amor-odio con el periodismo viene de su generación, cuando tenía 28 años y era dueño de una de las cinco empresas más grandes del país. Dice que diarios como El Clarín lo llamaban “el playboy de la industria”. Y reconoce: “Yo era fiestero”... ■

Enzo: “Lo más grave que le puede ocurrir a uno es pasar a ser nuevo pobre”

En la década del '60 la moda se vestía de austeridad.

—Conocí a un connotado de entonces que manejaba él mismo su auto viejo, por el qué dirán. Yo no ando haciendo alarde de la plata que tengo, pero no la escondo. No he manejado nunca mi auto; sólo el sport los fines de semana. Tengo chofer desde los 20 años, excepto los tres años en que estuve sonado—, cuenta Enzo Bolocco.

Heredó de sus padres una fábrica de televisores, y luego hizo crecer el negocio y creó casi un imperio como dueño de la Industria Chilena de Motores, Chilemotores, en sociedad con la Ford; y de la industria chilena

de televisores, a la que llamó en ese tiempo Chilevisión. Tenía el 29% del mercado de televisores y un porcentaje similar del mercado de automóviles. (“Bolocco no quebró nunca: me la fundieron, me la quitaron durante el gobierno de Allende”).

Recuerda el primer incidente público, a sus 28 años:

—Iba tanta gente a Arica a ver nuestra fábrica de televisores, que organizamos un sistema de visitas. En una ocasión fueron los representantes del Colegio de Periodistas y le regalé un televisor al Colegio. Por ello, un diario publicó: “¿Qué es lo que esconde Bolocco, que anda regalando televisores?”.

Por esa misma fecha hizo una ruidosa fiesta en el hotel de la ciudad, a la que llegaron mujeres de la noche. Lo que Enzo Bolocco no sabía es que justo esa noche se hospedaba ahí el entonces Presidente de la República, Eduardo Frei Montalva. El sábado en la mañana, a eso de las 10, lo llamó su chofer y le preguntó si había visto el Clarín. El título del diario aludiendo a él era irreproducible. Y aprovechaban de burlarse del Presidente diciendo que “como Frei es ronrón, no escuchó”.

El impasse lo resolvió ayudado por su amigo, entonces subsecretario, Enrique Krauss, quien organizó un almuerzo en El Escorial. Cuando llegó Enzo, Krauss estaba con dos influyentes periodistas de El Clarín: Eugenio Lira Massi y el “Gato” Gamboa.

Tiempo después se encontró con Frei Montalva quien, aludiendo con humor al incidente, le dijo: “Participeme”.

“Yo regalaba televisores como loco”

Dice que es bueno para dar pro-

pinas, claro que “no como Leonardo Farkas”.

Que es generoso. “Entonces, que me cuestionen por regalar un televisor... yo regalaba televisores como loco”.

Hasta que vino la caída del empresario. “La peor crisis que ha habido en Chile fue el gobierno de la Unidad Popular, porque hizo pedazos la economía”. En esos años, él era director de la Sofofa y luchaba contra el gobierno de Allende.

—A mí el gobierno de la UP me dejó en la calle. Y en una planificación bastante audaz, decidí comprar la IRT que salió a licitación.

Armé un grupo y me quedé con el 25% a pagar. Lo malo fue que el grupo que armé no era homogéneo, lo que hizo muy difícil manejar la compañía. Yo no era ni siquiera director; tenía a Hernán Gamboa en representación mía. Del grupo, sólo conocía a uno, que se fue. Me quedé con desconocidos.

Ocurrió durante la crisis de 1982, cuando el Producto General Bruto cayó en un 15%.

Cuenta que intentó poner al economista Felipe Lamarca como gerente general, pero los socios lo rechazaron.

El Banco de Chile, entonces de Javier Vial, pidió la quiebra de IRT. “Había una cierta ambición de quedarse con la compañía. Y en eso quebró Javier Vial y nos fuimos todos a la cresta”.

Se inició un largo juicio. “Cuando el Banco pidió la quiebra, no siguió los pasos correspondientes, como notificar al gerente. Entonces me propuse pedir la nulidad de la quiebra”. Pasaron unos cuatro años, donde enfrentó solo el proceso, porque sus socios estaban en ese momento abocados a la quiebra de la Financiera Sur, en la cual Enzo no participaba. Finalmente los metieron a todos presos.

Bolocco estuvo un tiempo en la cárcel de San Miguel, y luego en Capuchinos. Permaneció 120 días encarcelado. El juicio nunca llegó a cerrarse. Finalmente el magistrado dijo, ya, se acabó, recuerda sin pena.

Y, sin drama, concluye:

—Lo más ridículo que le puede pasar a uno es ser nuevo rico, pero lo más grave es pasar a ser nuevo pobre. ■



Rose Marie Fonck, la mujer por la cual Enzo Bolocco rompió noviazgo.



Sólo agua mineral sobre la mesa de los Bolocco.

Diana, “la niñita amor”; Verónica, “la sustituta” de Cecilia...

¡Oyyy, mi niña!!!, exclama Enzo cuando aparece Diana. “La cabra chica, le decían hasta hace poco. Ahora es la cabra grande”.

Diana llega triste. Es que, signo de los tiempos, enfrenta un público divorcio, tema que por momentos olvida recordando episodios familiares. “Ella decía que era la niñita amor”, recuerda su hermana mayor.

Una niñita que llegó literalmente a romper esquemas en la familia. Porque la casa en Candelaria Goyenechea, en Las Condes, estaba cómodamente diseñada para el matrimonio y los otros hijos, que tenían sus piezas en el segundo piso. Al nacer Diana, debieron convertirla el escritorio en habitación. Y la “cabra chica”, la más sencilla de las hermanas, se dio licencia para bromear con el nombre

del papá y llamarlo —hasta hoy— Nelson en vez de Enzo, como lo hacía un jardinero.

Cecilia advierte:

—Ella tiene carta blanca. Y no es broma. Mi papá era súper estricto con nosotros, hasta que llegó Diana.

Verónica la interrumpe:

—¿Contigo?! ¡Ja, ja! Mira, tú llegabai al segundo recreo en Cuarto Medio. Y te ibai del colegio y nadie se enteraba. Primero que nada, nosotros teníamos un rayado de cancha, pero ahí éramos libres para tomar nuestras decisiones. Si alguien tenía un problema, se las tenía que batir solito para resolverlo. A los 20 años, me chocaron a la entrada de la casa y yo tuve que arreglármelas.

Juan Pablo la frena:

—Espérate un poquito. A los 18 años, los gallos están vi-

viendo solitos en Estados Unidos. Así que no ha lugar. Yo a los 20 me pagué la Universidad.

Verónica y Cecilia saltan, señalando que ellas también lo hicieron, y con crédito fiscal.

Cuando los hermanos se juntan, ni siquiera los argentinos pueden hablar, dice Enzo.

Verónica estudió traducción inglés-francés en la Universidad Católica y trabajó durante 13 años, hasta que optó por dedicarse a los 4 hijos que tiene con el ingeniero Carlos Roberto Foxley, sobrino del ex canciller.

Durante su trabajo en la Expo Sevilla 1992 vivió una sorprendente anécdota. La invitaron a animar el festival de Huelva, en el sur de Andalucía, junto a un maduro y famoso animador de radio. Cuando revisó el programa, grande fue su

sorpresa al ver que la anunciaban como “Verónica Bolocco, Miss Chile 87”. “En buen chileno, tuve que apachucar. Fui la sustituta de mi hermana”.

Su padre le recuerda que ella también fue reina. Pero del Derby y al año siguiente del triunfo mundial de su hermana. “Antes fui reina novata en la universidad. Ese puede haber sido mérito propio”, dice con modestia.

“Ah, Ceciliaaaaa...”, exclama el padre cuando le preguntamos cómo definiría a la hija mayor.

Y ella cuenta:

Crecimos durante el régimen militar, marcada nuestra juventud por pocos lugares donde salir, con toque de queda... en ese sentido, una sociedad poco gozadora. Eramos hijos del rigor. ■

Verónica y Diana no sabían cómo fue que falleció su hermano Rodrigo...se enteraron aquí

Cuando Enzo Bolocco comenzó a vender seguros para levantarse y salir del hoyo en que había caído con el gobierno de la UP, y de la cárcel durante el régimen de Pinochet, en la crisis del 82, su hijo Juan Pablo le regaló un maletín que aún conserva. Lo tiene en su oficina, quizás para no olvidar que un día estuvo sentado al otro lado del escritorio.

Juan Pablo, ingeniero comercial, se dedica a administrar platas de terceros y representa al Credit Suisse Group. (“Yo creo que hoy no hay una crisis, sino una pequeña corrección. La economía va a caer en medio por ciento en Chile. El año 82 cayó en 16%.”, asegura).

Estaba convaleciente de una mononucleosis, y en cama por hepatitis, ese 1982, cuando vio partir al padre a la cárcel y todo se volvió incierto para él. Quedó blindado para enfrentar el trágico 1983, cuando ocurrió el accidente. El dice que no se acuerda mucho. Su padre y Cecilia recuerdan... y sorprenden a Verónica y Diana, que nunca antes supieron cómo fue.

A eso de las 10 de la noche, Juan Pablo y Rodrigo salieron con unos amigos a una fiesta en Zapallar, des-



La reina de la familia. “Ella tiene la soledad del nivel”.

pués de un asado en la casa de Reñaca. Felipe Correa, que no había tomado ni una copa de vino porque andaba enfermo del estómago, iba al volante. A su lado, José Ducci. Atrás, de izquierda a derecha, Rodrigo Bolocco, una amiga suya argentina y Juan Pablo.

El camino era de tierra. El auto volcó. Saltaron tres, entre ellos Rodrigo.

Esa noche, Cecilia Bolocco contestó el teléfono. Era José Ducci. Le dijo que habían tenido un acci-

dente, que lo comunicara con el papá pero que no fuera a despertar a la mamá.

Diana, entonces de 8 años, dormía. Verónica andaba en misiones, con compañeros de la UC. Cecilia corrió al cuarto de sus padres...

—Entré a la pieza y mi mamá preguntó: “Qué pasa, qué pasa”. No, que José quiere hablar con mi papá. “¡Tuvieron un accidente, yo lo sabía!”, dijo apenas me escuchó.

A Enzo Bolocco, José Ducci le informó: “Nos dimos vuelta, el que está un poco más complicado es Rodrigo”.

Llegó a la clínica de Reñaca, hasta donde había trasladado a los muchachos un médico que providencialmente iba en una station detrás de

ellos, en el camino.

Los doctores le dijeron al padre que no tenían las condiciones para atender a Rodrigo, que lo llevara a la clínica Miraflores.

Juan Pablo quedó en la clínica de Reñaca. Enzo partió con Rodrigo al otro centro asistencial.

—Estábamos en una sala, al lado, desde donde se oían todos los intentos por revivirlo. ¡Un paro! ¡Ta. Ta! ¡Ya pasó, estabilízalo!. Otro paro. Tercer paro... Y salió el médico. Nunca había visto a un doctor así, deshecho.

Verónica y Diana están llorando. Juan Pablo, frío como el iceberg que llevó Chile con Verónica a la Expo Sevilla: “Estaba escrito que se iba a morir así”.

“Nos ha tocado duro”, reflexiona Cecilia. Y su padre dice de ella:

—La Cecilia ha tenido etapas muy distintas en la vida. Yo creo que ha tenido la soledad del nivel. Para una persona muy destacada, es más difícil. Ella no se queja de nada, pero yo lo veo. Ahora creo que está más contenta que en la televisión, con esto del diseño. Está por partir a Italia a hacer un curso. Y si todo sale bien, inmediatamente después de ese curso nos vamos toda la familia a fines de julio a seguir la fiesta en Europa.

Se queda en silencio y luego reflexiona:

—Uno es el resultado de sus éxitos y sus errores. ¿Y sabe cuándo se mide? Cuando uno mete las dos patas dentro del cajón. Porque pueden ocurrir muchos errores y muchos éxitos, todavía. ■



La familia completa.

“Rodrigo es mi partner”, dice el papá, aludiendo a su hijo fallecido a los 24 años (a la derecha).

“A Cecilia sí le puede pasar que le regalen un BMW”

“En esta familia nadie se comería un lomito a lo pobre”, advierte Diana. Es que los Bolocco-Fonck son de alimentación light.

“Yo siempre uso la palabra “abandonar”, porque hay gente que se abandona, que engorda 30 kilos, que no se tiñe más el pelo cuando le sale canas, que deja de ver a sus amigos...”, explica Verónica. Y Enzo resume: “Lo importante es sentirse bien, física y mentalmente, para ser feliz”.

El, al igual que Cecilia, se levanta de cada caída con bríos renovados.

—Ahora me doy muchos gustos más que antes. ¿Sabe lo que pasa? La crisis de la UP permitió resetear el país, y en mí tuvo un efecto positivo. Partí de nuevo en un trabajo mucho más simple. Mi negocio hoy son puros servicios, tanto en Bolocco Servicios y Bolocco International, que opera fuera de Chile.

Cecilia observa: “Hay un aspecto más emocional, y

es que el papá ha sufrido un cambio muy importante. Ahora te pregunta cómo estás, qué necesitas, mijita; cuándo nos vamos a juntar para que me cuente. Desde hace 10 años invita a toda la familia a viajar una vez al año y paga hasta la Coca Cola”.

Y cada miércoles la familia se junta en torno a la mesa de Rose Marie Fonck de Bolocco, que superó un cáncer de mama y retomó su vida, un poco decaída después del tratamiento. El matrimonio Bolocco Fonck tiene otra rutina los wikén. Parten religiosamente a Reñaca.

—El 13 de septiembre vamos a cumplir 50 años casados con mi mujer, comenta Enzo.

Antenoche no estuvo en la fiesta de Cecilia porque al día siguiente debía someterse temprano a unos exámenes médicos que salieron bien. Casi no le dio importancia a la broma televisiva que le hicieron a su hija: “Es que, ¿a quién le puede pasar eso? A Cecilia”. Que le regalen un BMW. ■